

Memorial de JAVIER SARTORIUS MILANS DEL BOSCH

Cautivo de la Caridad de Dios

Sabemos que mártir es palabra griega (testimonio, prueba, demostración) sólo introducida en la Biblia por el apóstol Juan (Ap 17,6) en cita dedicada a los santos mártires de Jesús, la sangre de los cuales embriagó a la “meretriz”, encarnación de los enemigos de Cristo y miembros cristianos. Javier fue, por no usar la palabra mártir, cautivo de Cristo; por el testimonio de su vida, que él ofreció a Cristo y no regateó hasta coronar su oblación con la muerte plácida de quien sabe dormirse acá en el Señor, para despertar a la vida eterna de Dios. Lo declaran los que vivieron a su lado en los últimos catorce años de vida terrena, y no pueden dudar en proponerlo como modelo de joven creyente y atleta, acreditado en el amor y el dolor de propios y ajenos.

Semblanza de su juventud

Ignorando los secretos y primeros signos de vida que pudieran haber presagiado su futuro de consagración a Dios, nos ceñimos a los inicios de su relación con la Comunidad de Lord. Sin embargo, no cabe omitir del todo algunos hechos históricos acaecidos en el período anterior.

El año 1992, es la fecha de su encuentro personal y definitivo con la Comunidad del Santuario de la Virgen de Lord. Su nombre y apellidos, Javier Sartorius Milans del Bosch, son por sí solos harto relevantes para conocer su origen y prosapia

Más tarde, su encuentro, ya en Madrid, su ciudad natal, con el Rvdo. P. Giovanni Salerno, misionero en el Perú, a cuyas charlas asistieron, además de él, su prima Isabel y el Príncipe Felipe (donde, según tengo entendido, se conocieron ambos), introduce en su camino un principio de inquietud religiosa importante.

Primeros destellos de vocación

Hasta tal punto debió de influir en él el problema de la necesidad de ayudar a socorrer a las víctimas de la pobreza y la desnutrición, que optó por acogerse al ofrecimiento que el ilustre apóstol misionero hizo de acoger gratuitamente, a quien quisiera acompañarle por un año a compartir su vida de asistencia a los niños pobres del Perú.

El contacto con el citado misionero despertó, en éste, algo positivo en orden a sus cualidades personales, ya que le propuso poco después se trasladase a Toledo a iniciar los estudios eclesiásticos para regresar un día a la misión del Perú como sacerdote misionero.

Allí, en Ajofrín (Toledo) conoció a un compañero que había estado y conocido Lord. Javier no dejaba de manifestar su simpatía, y tal vez admiración, por la vida contemplativa (incluso solitaria), a pesar de ser su carácter extrovertido. Ello movió a su compañero a hablarle del yermo de Lord, y de cierto ermitaño benedictino de Montserrat.

Cómo vino a Lord

Un día del mes de julio de 2002 llamaba Javier a la puerta del milenarío Santuario de la Virgen de Lord, en el prepirineo, de la diócesis de Solsona, a 1.180 metros sobre el nivel del mar. Día lluvioso y poco propicio para caminar el largo recorrido de casi dos horas hacia la soledad.

Era ya un peregrino de María, sin él saberlo. Junto a la lumbre de la cocina, al abrigo de la lluvia y de la humedad reinante, departía el “ermitaño” con el pastor del contorno, hombre con pocos estudios pero con la sabiduría de Dios, de aquellos que gustan de la verdad y abundan en bondad e ingenua sensatez.

Tal fue el encuentro de Javier en su inocente y singular final del vital devaneo de ruta, bajo el impulso de un viento suave, casi imperceptible, soplando de las altas regiones. Era el día primero del largo recorrido que le quedaba al ilustre e inesperado huésped madrileño, de buen semblante, recién llegado.

Su semblante

El talante de Javier era comprensible bajo el entronque de sus encontrados apellidos. Contrapuesto en sus principios, impreciso en sus acciones, mantenía la solidez y firmeza de su ideal de perfección. Intransigente e intolerante con toda insolencia y arrogancia, trataba de afirmarse.

Fiel a la religión y observante en sus mandamientos, luchaba contra sí mismo a brazo partido, y avanzaba sin decaer a pesar de sí mismo. Vivía su vida. Era piadoso y asimilaba la liturgia sólida y teológica. Penetraba en el misterio de Dios y consolidaba las virtudes básicas, sobretudo la caridad.

Insensiblemente, había ido cediendo ante el influjo de Jesús. La figura del Maestro le iba precediendo por doquier. La cruz le perseguía sin poderlo él evitar. Todo hacía pensar que su norte, su ideal supremo y modelo de vida, iba a ser, indudablemente y hasta el fin, la vida de Jesús.

Un paso vital

Así lo sentía profundamente, y lo veía realizable en la vida solitaria, de espaldas al mundo y al modo de vida activa que en él se vive. No le parecía necesario a él el sacerdocio ni el ministerio sacerdotal y ministerial para identificarse con Cristo, salvador del mundo por la cruz.

Se abrazó a la cruz. Pasaba frío en la celda. Se calentaba con pasos largos y con el ejercicio. Aceptaba sus propias contradicciones y aguantaba las ajenas, siendo lo suyo intransigente. Se iba formando con el estudio: ¿No sería mejor completar los estudios sacerdotales que iniciara en Toledo?

Se trató de los estudios con el Obispo de la diócesis. Falto de vocaciones y cerrado el Seminario de Solsona, indicó el Prelado que convendría acudir al Seminario interdiocesano instituido en Barcelona. Allí se impartían las clases en catalán. También a ello se sometió Javier, después de superar la crisis de tener que ir al Seminario.

Hacia el Gólgota

Profesores y alumnos compañeros le acogieron con visible complacencia, y pronto llegó a ser querido de todos. Progresó en los estudios y en las lenguas. Incluido el catalán. Obtuvo buenas calificaciones, como en Toledo. Querido por todos, se acercaba el período de recibir órdenes sagradas. El obispo vaciló.

¿Podría un obispo diocesano conferir órdenes a un miembro de una institución diocesana que quería hacer vida monástica y solitaria? Se consultó personalmente a la Sagrada Congregación de Religiosos. Su respuesta no dejó lugar a dudas. El Sr. Obispo, tranquilizado, se alegró porque apreciaba a Javier.

Una dolencia gástrica que Javier contraería inesperadamente comenzó a inquietar a todos, incluso a los médicos. Se intensificaba de día en día y llegó a alarmar a todos hasta el punto de recomendar los máximos cuidados.

La prueba del absurdo

La Cruz, enseña San Pablo (1 Cor, 1, 18), para los “faltos de fe”, para los que caminan a la perdición, es un absurdo, un desatino, una sinrazón. Para nosotros, los “salvados” del naufragio, es fuerza de Dios, poder soberano del Creador, que sabe sacar de lo que no es, asombro de potencia y eficacia.

Con la Cruz apareció Javier robustecido y revestido de poder no humano, radiante de alegría y atractivo, a los ojos de quienes compartían su amistad, los prójimos y cercanos a Jesús. Javier se detenía ante el pobre y mísero y les tendía la mano. Propenso primero a retener, se consumía en ofrecer y darse a todos.

El “absurdo” de la Cruz le perseguía como su sombra con una dolencia embarazosa y fastidiosa en grado sumo. Se desvivió acogiéndose a tratamientos terapéuticos sin mitigación, son solo el fin de seguir de cerca de Cristo, al que adoraba en su corazón y quería imitar hasta la misma muerte en la cruz.

La Cruz le sale al paso

La generosidad humana en la entrega jamás es desoída por el Creador con entrañas de Padre, y en casos especiales ni siquiera deja de ser incluso atendida. Así ocurrió con el derroche de paciencia en medio de su invariable y sorprendente docilidad, vertido con rebotante alegría espiritual en su recorrido final inevitable y fatal.

Javier sucumbió contra todo pronóstico, como atleta consumado, propio de un campeón, que corona el triunfo hasta el mismísimo fin, con aplauso y asombro de sus admiradores. ¡Como tantas veces había logrado en el cuadrilátero tenístico!, y cuando ahora parecía iba a sonreírle larga carrera de victorias en pos de Cristo, el Maestro amado.

Reposa ya en paz en el suelo bendito que la Providencia quiso que primero “cultivara” como monje benedictino y cisterciense, a cuya vida y enaltecimiento concurrió con dedicación piadosa mientras sus fuerzas, todavía pletóricas de salud, le acompañaron. En su dormición sagrada recibe ahora el testimonio incesante de amor y devoción. El suelo que él regó con sudores, embebe ahora, las lágrimas de los amigos.